

LA CAJA VERDE

HISTORIAS DE LA GENTE DE CONFIAR



LA CAJA VERDE

Una colección de historias
(reales, divertidas, cotidianas, sorprendentes,
inspiradoras, sencillas...) para conocer de
qué está hecha la Gente de **CONFIAR**



Diciembre de 2014

Edita:

Fundación **CONFIAR**

Calle 52 N.º 49 - 40

Tel: 448 75 00 Ext. 4201. Medellín

fundacionconfiar@confiar.com.co

www.confiar.coop

ISBN: 978-958-58635-3-8

Diseño e impresión:

Pregón S.A.S.

Se usó papel Propal Beige de 90 gramos
y cartulina de 200 gramos.

Esta publicación no tiene valor comercial.

Contenido

Agradecimientos.....	5
Al pasar la página: La breve historia.....	7
<i>Marco Mejía</i>	
Días que hacen historia. Tres hormiguitas	11
Y llegamos al Oriente antioqueño.....	14
Y entonces fue un bazar	17
Sorpresas te dan los días:	
Un diluvio a medianoche.....	21
Travesía a Santa Elena	24
Perdido	26
María asesoró a José.....	28
Una recado para Ángela.....	30
Don Hernando y su misterio.....	33

Llegar a CONFIAR :	
Cristina y los zapatos grandes.....	36
La Niña Ceci y Mauricio.....	38
La pequeña Yésica	40
El día en que todo cambió	42
Dar crédito a la alegría:	
Doña Nubia seguía sonriendo	46
Unos empleados muy particulares	49
Teresita.....	51
Aprender a confiar:	
Don Jesús siempre regresa	54
Entre amores y desamores	56
La libreta de don Octavio	58
Del pánico a la sorpresa	60
María vino a preguntar.....	62
Ni por todo el oro del mundo	65
Fama sobre ruedas.....	68
Notas del guardián: Recibir algo tan bonito.....	70
El jardinero fiel... a CONFIAR	73
Contarlo en todas partes	75
La cara de mi nieta.....	78
Este es el misterio del dragón	80

Agradecimientos

*Las palabras desean hablar.
Escucharlas es la primera labor.*
Cecilia Vicuña
De "Palabrarmas". Chile, 1984

Abrumador para algunos. Placentero para otros. Escribir es oficio de especialistas. Es desnudar el alma, abrirse o darles voz a otros que habitan en uno para que se pronuncien y cuenten una historia. Sin embargo, y aunque no seamos escritores, todos tenemos algo que decir, una historia que nos conmueve, que nos alegra, que nos duele, que nos asombra; el temor empieza cuando pensamos cómo hacerlo, elegir la primera palabra y anudar con delicadeza, gracia y armonía las que siguen, procurando que al final el tejido posea la textura y el encanto que habíamos intuido.

Escribir es también un acto de generosidad y valentía. Y más aún lo es para quienes son poco asiduos a la escritura. Por ello, es meritorio el esfuerzo de quienes hicieron parte de este

proyecto, que un buen tiempo después de su gestación se ha convertido hoy en *La caja verde. Una colección de historias de la gente de CONFIAR*.

Tras bambalinas está la huella de Juan Miguel Villegas, comunicador social y director de la “Agencia Pinocho, el diario de lo que no es noticia”, animador de esta propuesta, quien profundizó en los laberintos del recuerdo, y con la calma y el dominio de un experto generó el ambiente y la confianza necesarios para que, entre tachones e indecisiones, cada uno de los participantes eligiera entre sus vivencias una que lo cautivara, a tal punto que le permitiera aventurarse en la escritura.

Está aquí también el acento del escritor Marco Mejía. Su mirada aguda, su experiencia en el oficio, su sensibilidad y criterio fueron los filtros para hacer esta colección, que implicaba elegir entre todos los textos aquellos que por lo contado, por su estructura o por su estilo finalmente se incluyeron en la publicación.

Por último, el reconocimiento más significativo es para todos aquellos que nos compartieron sus palabras, Empleados de **CONFIAR** y la Fundación, ausentes ya algunos de ellos del escenario laboral y otros de *La caja verde*, pero en quienes la historia permanecerá por siempre y será sin duda, cada vez que vuelva a la memoria, motivo de emoción, orgullo y alegría.

Al pasar la página: La breve historia

Hay, entre las candilejas cotidianas, una tradición de ciertas manifestaciones de la intimidad que revela esa forma de la historia, libre de la grandilocuencia y del discurso de los grandes hechos, para mostrarnos la proximidad de una realidad que se parece mucho a lo humano, a lo demasiado humano que tiene la gente. No es una redundancia la anterior afirmación, sino una reiteración de aquella dimensión en la cual ocurren casi todos nuestros hechos; su significación y sus alcances parecen interesar únicamente al círculo inmediato de sus protagonistas, y creo que no es así, algo hay de inequívoco en la insistencia de Borges al recordarnos que un hombre es todos los hombres, y todo lo que acontece a uno de ellos, les importa a todos.

Y esta reflexión se deriva luego de incursionar en la colección de las historias reales, divertidas, cotidianas, sorprendentes, inspiradoras y sencillas que **CONFIAR** recuperó entre las vivencias de quienes, desde todas las orillas, hacen parte de estos 42 años de práctica solidaria, y que deposita en los espacios simbólicos de *La caja verde*. Y no podía ser de otra manera: precisan de un cofre —como el de las ilusiones y las utopías— y con un color reflejo de todas las condiciones del anhelo, el verde, obviedad que se sostiene y nos sostiene en la simbología de la esperanza.

Las líneas y las voces allí manifiestas hacen un trazo de peculiaridades, rasgos y aconteceres desde donde emergen las expresiones de afecto, reconocimiento y reflexiones sobre el trasfondo de ese Universo que **CONFIAR** ha construido de la mano de sus Empleados, Asociados, Ahorradores y amigos en los entornos de una sociedad indolente, para sentar su filosofía cooperativista y fortalecer las bases del bien-vivir.

Acostumbrados a la tiranía de los *best sellers*, al artificio de las masificaciones editoriales, les debemos a los cronistas de todos los tiempos los testimonios sobre el asombro ante la realidad sin necesidad de las ventajas de la ficción; desde sus narrativas, aprendimos a descubrir

la sal de las cosas cercanas y el asombro ante la riqueza de lo más elemental. Recordaba Gay Talesse —maestro del periodismo narrativo—, el descubrimiento de ese hombre anónimo que desde la buhardilla introducía las noticias al aviso luminoso del edificio del New York Times; para el periodista, la gran noticia no eran los imparables cables que daban cuenta de cada minuto en el mundo, sino la existencia de aquel personaje de quien casi nadie sabía. No en vano, la que señalan como la obra cumbre del siglo XX, *Ulises* de James Joyce, narra con precisión temporal el día de un mediocre personaje en la ciudad de Dublín, una odisea al revés, un viaje al alma de un hombre simple. *La caja verde* recoge esa intencionalidad: los momentos que dan cuenta de esa otra historia que también es la historia de **CONFIAR**.

Creo que sus lectores encontrarán la coincidencia de los destellos en los apartados que se agrupan bajo ciertas temáticas, nombrados bajo la sombra de los hechos que juegan a trazar una secuencia lúdica. Así, *Días que hacen Historia*, *Sorpresas te dan los días*, *Llegar a Confiar*, *Dar crédito a la alegría*, *Aprender a confiar*, son piezas que conforman un entramado en el que se va perfilando un tejido de experiencias y de sentimientos que se remontan a la aventura de la fundación, los

pasos del crecimiento, la acechanza de las crisis, los rituales que convocan y la convergencia hacia el ritmo de los días en cuyas entrañas desfilan los protagonistas de ese colectivo que se nombra como la gente de **CONFIAR**. No pretenden estos textos ser páginas maestras sino entrañables recuerdos, memorias vivas de las lecciones que a cada instante nos da la “maestra vida”.

Marco Mejía T.

Días que hacen historia Tres hormiguitas

Amalia Moncada Martínez

En marzo de 2012, en compañía de Elizabeth Sanabria, directora de la Agencia **CONFIAR** de Duitama, revisábamos el archivo fotográfico con el fin de seleccionar las imágenes apropiadas para acompañar una presentación del modelo de gestión de la Agencia. El propósito era identificar personas que hubieran ayudado a construir el proyecto solidario de **CONFIAR**.

Hallé varias fotografías que despertaron mis recuerdos. Mientras las veía, pensé en mi padre y su compromiso con las luchas sindicales, confirmé la particular manera de ser que ha caracterizado a nuestro gerente, don Oswaldo León Gómez, y con asombro pude comprobar cómo, a pesar de los años, el semblante de Martha Restrepo, la directora de

la Fundación, parece no cambiar. Al verles me parece escucharlos con la misma pasión con la que mi padre solía hablar de su proyecto de ahorro, que se consolidó como Cotrasofasa y luego se convirtió en **CONFIAR**.

Aquellas fotos me trasportaron a mi primer encuentro con **CONFIAR**: las fiestas de la familia y los festivales de pintura. Entre ellas, una en especial llamó mi atención: me hizo revivir un día de 1988. Esa semana, papá nos había dicho que nos llevaría a un festival de pintura infantil organizado por la Cooperativa. Mis padres se habían separado hacía un año, y por esa causa mi hermana y yo nos fuimos a vivir con mi madre.

Cuando le vimos llegar, ese sábado, nos pusimos muy felices. Nos reunió alrededor de una mesa para contarnos que además del Festival se iba a realizar un desfile y un concurso para el mejor disfraz de hormiguita. No entendíamos qué tenía que ver eso con nosotras y nuestro paseo; al ver el desconcierto de nuestra mirada dejó los rodeos y confesó que había mandado a hacer disfraces de espuma, uno para él y otros dos para mi hermana gemela y yo. Ante semejante anuncio se nos quitaron las ganas de ir. Los disfraces nos parecieron horrendos y sin haber cruzado una palabra nos negamos a ponérselos. Mi madre conversó un largo rato

con nosotras tratando de convencernos. Nos dio muchas razones, pero finalmente se valió de la ilusión, que había crecido durante toda la semana, de irnos con mi papá a pasear y montar en su carro nuevo.

No recuerdo el desfile, pero sí que hacía un calor terrible y luego, al llegar al Parque de Los Libertadores, nos quitamos los disfraces para dedicarnos al festival de pintura. Casi al final del evento hicieron la premiación del concurso. Obtuvimos el primer puesto. Nos entregaron un juego de colores grande y un estilógrafo que mi papá apenas nos dejó ver.

Ese momento de mi vida me llevó a comprender que cada reunión, cada desfile, cada conversación que mi padre y otras personas sostenían alrededor de **CONFIAR**, eran la forma de hacer posible que el proyecto de ahorro se expandiera durante estos cuarenta años, en ellos quedan plasmados los sacrificios y las demostraciones de afecto que se han hecho y se siguen haciendo a diario, logrando que, para muchos, para tantos, **CONFIAR** signifique, como en los recuerdos de la fotografía, toda una vida.

Y llegamos al Oriente antioqueño

Paula Isabel Gómez Sánchez

A finales del año 1999 estábamos en la clausura de las *Olimpiadas del Saber* en un centro recreativo del Oriente antioqueño, disfrutábamos de un día de integración con todos los empleados de la Cooperativa

En el momento de la premiación, don Oswaldo anunció que **CONFIAR** tendría mayor presencia en la zona como resultado de la incorporación de Coopeden, una cooperativa de gran trayectoria en la región y que resultó seriamente debilitada en la crisis financiera de 1998.

En total recibimos ocho agencias: Rionegro –donde ya teníamos una oficina–, Guarne, La Ceja, Santuario, La Unión, El Retiro, Sonsón y

El Carmen de Viboral, que era la Agencia más importante, algo así como la dirección general.

Por supuesto, con el traspaso de las agencias también llegaron sus empleados, asociados y ahorradores. Ninguno comprendía muy bien lo que había sucedido, y menos lo que iba a pasar en el futuro.

Por eso, empezando el 2000, realizamos un acto de bienvenida para los empleados de todas las agencias. El objetivo era darles los detalles de la incorporación y contarles cuál era la historia y la filosofía de la Cooperativa que los iba a acoger.

Como don Oswaldo no iba a poder asistir, se preparó un video en el que les daba un saludo especial y les explicaba el significado de su llegada a **CONFIAR**. También les aclaraba el proceso que se había dado entre ambas cooperativas y los motivaba a que se sintieran parte de nosotros.

Los años siguientes no fueron fáciles. Recibíamos constantes reclamos de los asociados y ahorradores debido a la liquidación de Coopeden. Por ese tiempo muchas otras cooperativas se quebraron, e incluso nosotros tuvimos que cerrar dos de las agencias que habíamos recibido, El Retiro y Sonsón, debido a la mala publicidad que el sistema financiero

tradicional hacía contra las cooperativas. Hubo muchas circunstancias adversas, pero se fueron resolviendo con la persistencia, la claridad y el tiempo. El trabajo arduo y la plena convicción de los empleados incorporados y del equipo de empleados de Medellín le dieron un viraje maravilloso a la situación. Hoy podemos mostrar un **CONFIAR** fortalecido, que tras la fusión pudo recuperar la credibilidad de la gente del Oriente antioqueño; se demostró una vez más la vigencia del Cooperativismo y la solidez que sus principios representan en tiempos de crisis.

Y llegamos al Oriente antioqueño en momentos de adversidad, en tiempos de tránsitos difíciles. Y seguimos en el Oriente antioqueño brindando la confianza que empezamos a tejer hace doce años, cuando en medio de la desesperanza asumimos la tarea de compartir ese secreto a voces: el misterio de la unión, porque solamente el permanecer juntos hace posible las verdaderas transformaciones por el bienestar colectivo.

Y entonces fue un bazar

Adiela Trejos Sánchez

Las palabras no caen en el vacío.

El Zohar

Corría el año 1999. En el tercer piso de la Dirección General de **CONFIAR**, en el salón de reuniones del Departamento de Desarrollo Cooperativo, estábamos reunidos, una mañana cualquiera, Miguel Sierra, Aleida Montoya, John Jaime Sossa, Martha Restrepo y algunas personas más cuyos nombres no recuerdo. El ambiente era extraño: una mezcla de entusiasmo, incertidumbre, convicción, entereza...

La decisión que debíamos tomar, aparentemente simple, era sin embargo trascendental: ¿hacíamos o no la Fiesta de la Gran Familia? Un

año antes la respuesta a esa pregunta había sido sencilla, pues todo era optimismo, crecimiento, prosperidad, y no vislumbrábamos que el panorama cambiaría tan radicalmente unos meses después.

Pero sucedió. Y en medio del vértigo y los contrastes que vivíamos, que incluso nos llevaron a cuestionar nuestra existencia como cooperativa, nos debatíamos entre la fiesta o el silencio. Un silencio que no habría sido frío, ni inocente, sino más bien un duelo, una sensación de agonía cuyo final se sobreentendía.

Entonces alguien dijo que no podíamos darnos el lujo de estar tristes, de creernos muertos sin estarlo, de desconocer todo aquello que nos había dado tanta vida y que nos había proporcionado la fuerza para superar otras épocas difíciles.

Sí. La fiesta era urgente, oportuna e indispensable. Nos iba a permitir regocijarnos en la alegría, debilitar el pesimismo, infundirnos ánimos y llenarnos de nuevas ilusiones. También era la ocasión propicia para descubrir con quiénes contábamos.

Pero no podía ser igual a las de los años anteriores ni podía llamarse del mismo modo. Esta vez se trataba de convocar la reciprocidad, la solidaridad y el esfuerzo mutuo. ¿Con

quién habíamos construido tejido social? ¿A quiénes les habíamos aportado? ¿Cuáles organizaciones sociales, grupos culturales, artistas, corporaciones, hacían parte de ese inventario?

Si los recursos siempre habían sido modestos, en ese momento eran casi exigüos. No eran proporcionales a lo que queríamos hacer, pero al menos eran la base para que la fiesta se realizara. Llegamos a la conclusión de que no iba a ser una “fiesta de la gran familia”. Sería una fiesta de la confianza, de las certezas y de sentirnos vivos.

En medio de la conversación, que ya tenía ribetes de algarabía, alguien invocó la imagen de los bazares de barrio, esa práctica en la que unos donan cosas que otros compran a precios módicos, y que generalmente está asociada a la recolección de fondos para una causa social. Era una imagen bonita, pues hacía visible el valor de las pequeñas cosas, de las gestas de la gente sencilla, de la capacidad de organización de las comunidades unidas.

El nombre y el eslogan serían: “Bazar de la confianza, porque lo que somos y hacemos siempre será una fiesta”. Tenía sonoridad, encanto, magia, transparencia, sutileza y dulzura.

Así como nos fluyeron las ideas, fluyó la fiesta un domingo de ese mismo año. Estuvo precedida por la lluvia y atravesada por el pantano que se formó en la hierba del Jardín Botánico. Se veían carpas rotuladas con la marca de una reconocida empresa de gaseosas, pasacalles en coleta y un escenario recatado. Pero fue el testimonio inconfundible del sentido que tenía el estar allí juntos, y persistir en la confianza. Ese día depositamos todos nuestros anhelos en una caja imaginaria que debía tener el color de la esperanza.

Trece años después, más de dieciséis mil quinientos Asociados, Ahorradores y amigos celebramos 40 años de una historia que protagoniza cada uno de los integrantes de esa familia que la solidaridad ha unido alrededor de las ilusiones posibles; quienes asistieron ratificaron con su presencia en el Bazar de la Confianza que esta fiesta tiene los sabores de la solidaridad y la calidez que posee lo sencillo en el secreto de sus pequeñas grandes cosas.

Sorpresas te dan los días: Un diluvio a medianoche

Zoraida Martínez Gutiérrez

Era el 6 de junio de 2011. El timbre del celular me despertó a la medianoche. Cuando contesté, escuché a un hombre angustiado que me decía: “Doctora, discúlpeme por llamar tan tarde, pero es para avisarle que la Agencia se inundó. Yo estaré pendiente acá mientras usted llega”. Solo después de varios segundos logré identificar quién era y qué estaba ocurriendo. Se trataba de Orley Mazo, líder comunitario y vecino de la Agencia Moravia. Llamaba para decirme que el aguacero estaba haciendo que el nivel del agua subiera con mucha rapidez en el barrio. Quería que el equipo de **CONFIAR** llegara pronto y tratara de salvar lo que se pudiera.

Al colgar el teléfono escuché la lluvia y pensé: “No es para tanto, es solo lluvia. Además las

quebradas están lo suficientemente retiradas de la oficina”. De todos modos, por protocolo me comuniqué con el jefe de seguridad y le informé sobre la novedad. Me respondió que a las siete de la mañana estaría en la Agencia para evaluar los daños. Traté de volverme a dormir pero fue imposible.

En la mañana, cuando atravesábamos el puente de El Mico para llegar a la Agencia, vi las consecuencias de la inundación: las personas limpiaban con escobas, traperos, palas y recogedores el pantano, las piedras y la basura que abundaban como consecuencia del desastre que había ocasionado el desbordamiento de las dos quebradas que están a lado y lado de la Agencia, y que había subestimado por pequeñas.

Al llegar a la oficina no pude creer lo que veía: hojas, papeleras, carpetas, computadores, y hasta una lavadora que se iba a rifar entre los Asociados, habían quedado tirados en el piso cubiertos por el pantano. Parecía como si el río hubiese pasado por la Agencia.

Se me acercó Orley Mazo junto a otras personas para contarme lo sucedido. “Fue horrible. Todo lo tenemos en fotos. Si las necesita se las damos para que las muestre en **CONFIAR**. Nos dio mucho pesar ver cómo la Cooperativa

del barrio se llenaba de agua y no podíamos hacer nada. Pero ya ustedes llegaron. No es sino que diga en qué les podemos ayudar. ¿Cuántas personas traemos para que limpien?”. Una de las señoras contó que sintió mucho miedo “viendo cómo parecía que el cajero se iba a salir porque la fuerza del agua era miedosa”. Todo había ocurrido en cuestión de minutos.

Alrededor los vecinos sacaban a las aceras colchones, muebles y enseres para secarlos al sol. Luego supimos que unos metros más allá de la oficina la catástrofe había sido mayor, pues el río Medellín también se había desbordado y arrasó casas enteras. Gracias a los gritos de los vecinos sus habitantes se despertaron, lograron salir y rescatar algunas pertenencias.

Para todo el país fue una época muy difícil por la intensidad del invierno. Pero en medio de la tragedia comprobamos el espíritu de solidaridad que emerge en las situaciones difíciles, y en nuestro caso percibimos, entre aquel paisaje desolado, el cariño y el respeto que las personas de la Comuna Cuatro sienten por **CONFIAR**.

Travesía a Santa Elena

John Edwin Baena Gallego

Para los primeros días de un diciembre habíamos programado la entrega del ahorro escolar a los niños de El Placer, una institución educativa de Santa Elena, corregimiento de Medellín.

El día comenzó como los anteriores: una mañana fría, incluso con llovizna, apenas para no levantarse de la cama. Sin embargo, me desperté con muchas energías y a las siete de la mañana salí a encontrarme con mi compañero de trabajo, Bréyner Borja. Empacamos el dinero de los ahorros en pequeños sobres blancos y emprendimos el viaje en carro hacia Santa Elena.

En el camino recogimos a doña Beatriz, la directora de la institución. Cuando llevábamos

más o menos veinte minutos de recorrido nos hicieron la señal de pare: no podíamos seguir porque se estaban llevando a cabo trabajos de reparación en la falla geológica que hay en la vía. Eso significaba regresar y tomar la carretera a Las Palmas para llegar hasta la institución.

Beatriz, usando sus dotes de maestra, convenció al joven para dejarnos continuar. De todos modos, nos advirtió, era probable que no nos dejaran seguir después de la vereda Media Luna. Arrancamos de nuevo con la esperanza de que la directora encontrara la forma para pasar.

Como era de esperarse, al llegar al sitio de los arreglos no nos dejaron continuar. Pero doña Beatriz tenía un segundo plan. Se bajó del carro y empezó a subir por la montaña, y nosotros a seguirla sin decir una palabra. Yo me caí cuatro veces y me embarré todo el pantalón. Cuando terminamos la travesía lo que vi me pareció insólito: Doña Beatriz parecía que solo hubiera pasado por un pequeño pantano, porque sus zapatos apenas si tenían un poco de barro, mientras que mi compañero y yo... ya se podrán imaginar.

Perdido

Mauricio Ángel Osorio

Una vez salí de la Agencia Villa Guadalupe para hacer una visita a una tienda del sector. La dirección que tenía quedaba cerca de la oficina. Caminé varias cuadras pero llegué a una calle sin salida. Pensé que las indicaciones estaban erradas, porque la tienda debía estar más allá de las casas, pero detrás de ellas solo se veía una cañada y árboles.

Les pregunté a los vecinos y me respondieron que era por ahí, simplemente debía seguir derecho. Yo miraba y pregunté de nuevo: “pero, ¿por dónde si esta calle está cerrada?”. “Siga por ahí”, insistieron. Seguí mirando los muros incrédulo, hasta que me aproximé adonde presuntamente debía seguir mi camino. Cuál sería mi sorpresa cuando entre dos casas

separadas por el ancho de una pequeña puerta apareció un pasadizo largo. Éste me llevó a unas escaleras que bajaban por la montaña hasta la quebrada y luego volvían a subir por la ladera hasta llegar a otro sector de ranchos de madera y plástico. Efectivamente, ahí di con la tienda en la dirección que andaba buscando, estaba a la vez lejos y cerca; lejos porque me sentí perdido en esa realidad que desconocía, cerca porque comprendí que los usuarios de la Agencia llegaban en busca de nuestros servicios desde aquellas rutas perdidas, y era nuestro deber hacerles sentir que **CONFIAR** está cerca de sus deseos y esperanzas.

María asesoró a José

Andrés Mauricio Orjuela Rubiano

El señor José Martín Páez era empleado de la empresa de recolección de basuras *Ciudad Limpia*, y tenía a su cargo el aseo de la cuadra de nuestra oficina en Bosa. Recién abierta la Agencia se acercó a consultar por un crédito. Su vestuario lo hacía sentirse lejano al ambiente de la oficina, por lo que decidió preguntarle a María Dulfeis, la empleada de Servicios Generales, cómo podía comprar una casa con ayuda de la Cooperativa. María le dio la información como si fuera una de las mejores asesoras, y hasta lo comprometió a llevar los papeles para iniciar el trámite. Él abrió su cuenta de Ahorro Programado y empezó a buscar una vivienda.

Don José aprovechaba para consignar cada vez que barría el frente de la oficina. Su pinta de trabajo irrumpía en la Agencia: overol verde, tapabocas y un gorro, indumentaria que lo protegía del polvo. Parqueaba su carrito de basura con un aviso que seguramente se había encontrado: “Se vende este negocio”... Era de esperar que nadie se lo compraría, pero sí hacía reír a todo el que lo veía.

Al poco tiempo encontró la casa que quería y pidió el préstamo. Él no creía que fuera posible acceder a un crédito, pues su esposa trabajaba en casas de familia y su hijo tenía un contrato por prestación de servicios. Por lo tanto ninguno de los tres “calificaba” en otras entidades. Logramos que aprobaran el crédito al sumar los esfuerzos de toda su familia. Quizá él nunca lo sepa, pero ese día varios Empleados de la Agencia estábamos muy felices, de pronto mucho más que él, y en especial María, nuestra empleada, que supo generar la confianza para que José fuera propietario de su propio sueño.

Esas sensaciones que se viven en las Agencias todos los días son las que nos hacen distintos, y parecidos solamente a nosotros mismos: la gente de **CONFIAR**.

Una recado para Ángela

Julio César Ríos Zuluaga

Jardines de Campoalegre fue un proyecto que buscaba dar ciento cuarenta soluciones de vivienda a personas de bajos recursos, casi todas madres cabeza de hogar y familias desplazadas. Lo realizamos en conjunto con la Alcaldía de El Carmen de Viboral y la Caja de Compensación Familiar Comfama, encargada de la gerencia del proyecto. **CONFIAR** lo financió y se encargó de los créditos que necesitaban las personas para ajustar el valor de las casas.

Los créditos se distinguían por algo en común: las ganas de todos los solicitantes de adquirir vivienda porque sabían que eso les iba a cambiar la vida. Por supuesto, cada quien era poseedor de una historia personal y en **CONFIAR**

fuimos testigos de una de ellas en particular, la de Ángela, una madre cabeza de familia que trabajaba en un cultivo de flores de la región. Tenía una hija pequeña y muchas ilusiones de comprar su casa. Se inscribió en el proyecto desde el inicio, y nos dijo que “no era de la rosca política” pero sí tenía una intuición: que estaría en el listado de escogidos para una solución de vivienda. Tiempo después, su nombre salió publicado entre los seleccionados.

Al día siguiente se dirigió a la Cooperativa. Llegó al puesto de la asesora de soluciones, quien le informó cómo debía empezar con los trámites. Así que ingresó la documentación y entró a revisión. Encontramos que sus ingresos no le alcanzaban para el monto solicitado y que además tenía un reporte negativo en una empresa de telefonía celular, herencia que le había dejado su esposo antes de abandonarla.

Ante cada nuevo inconveniente se desanimaba más. “Se me va a perder mi casita”, decía insistentemente. Gracias a que la asesora la alentaba no perdió la fe. Seguíamos buscando la forma de sustentar el crédito. El préstamo fue reconsiderado muchas veces, más con el corazón que con la razón. El director aceptaba evaluarlo una y otra vez al ver el empeño de la asesora en ayudar a Ángela.

Luego de aplicarle todas las excepciones posibles, el crédito fue aprobado. Nos comunicamos con el cultivo donde trabajaba para informárselo. Hablamos con la encargada del departamento de Gestión Humana de la empresa, quien resultó estar muy interesada en la suerte del préstamo; cuando le contamos la noticia se puso muy contenta. Nos dijo que Ángela no estaba en ese momento, pero se encargaría de darle el recado para que acudiera a la oficina de **CONFIAR**.

“¿Y ahora qué pasó?”, preguntó con desgano al llegar a la Agencia, y su cara dejaba ver que no estaba para recibir malas noticias. “Aprobaron el crédito”, le respondió la asesora. Ángela se desplomó sobre la silla y empezó a llorar. Nosotros nos asustamos, pero ella nos calmó diciéndonos que lloraba de la felicidad, porque después de su hija, eso era lo mejor que le había sucedido. “Ahora tengo ya la casita, qué tanto temía perder”.

Don Hernando y su misterio

Ángela Patricia Ramírez Ossa

Hernando Osorio tiene un poco más de setenta años y es ahorrador de la Agencia Belén. Es culto, educado y además goza de un don maravilloso: Dios le dio unas manos sanadoras. A su consultorio van grandes personajes del fútbol y personas de toda la ciudad para ser curados de sus dolencias. Por sus múltiples ocupaciones y porque atiende entre cincuenta y sesenta personas al día, es difícil que se traslade a la oficina de **CONFIAR**. Entonces, para darle un buen servicio y que pueda hacer todos los trámites, nosotros lo visitamos en su casa-consultorio.

A una de las visitas fui acompañada por un asesor de la Cooperativa. Le llevábamos un CDT que debía firmar. Al tocar la puerta de su

casa me abrió una señora que estaba esperando su turno para ser atendida. Le pregunté: “¿Don Hernando se encuentra?”. Y me dijo: “Él no se llama Hernando, ise llama Jesús!”. Razón tenía, realmente su nombre completo era Jesús Hernando. Nos hizo pasar, y cuando finalmente pude acercarme a él para informarle que venía de **CONFIAR**, inmediatamente se paró, le soltó la pierna al joven que estaba atendiendo, y con ojos y manos me indicó que lo siguiera.

Nos acompañó hasta una alcoba al lado del comedor y nos pidió que nos sentáramos. Luego se dirigió a un escaparate y sacó una lupa para revisar los documentos y el título que le llevábamos. Parecía un muñeco de *porcelanicon* con sus gafas caídas sobre la nariz y su lupa grande. Le subió el volumen a los tangos que estaban sonando, se puso el dedo en la boca y nos dijo: “¡chito!”. Muy serio, agregó: “Coman banano mientras regreso”, y señaló las frutas que estaban encima del comedor. El asesor y yo nos acercamos... pero al cogerlos nos llevamos una sorpresa: los bananos eran sintéticos. Dudamos si se trataba de una burla o si entre los dones de aquel hombre estaba el de transformar mágicamente todas las cosas.

Para mí aquella anécdota jocosa y sencilla encierra algo más: un secreto que no he podido descifrar, una enseñanza sobre lo diversa, compleja, sencilla o misteriosa que puede ser la gente de **CONFIAR**.

Llegar a CONFIAR: Cristina y los zapatos grandes

Esther Mideros Arroyo

Ella era flaquita, muy flaquita. Tenía una mirada triste, voz suave y una sonrisa tímida. Se veía enferma, y en realidad lo estaba. Y en esas condiciones le tocaba ir a una entrevista de trabajo. Cristina Ibarгүйen recuerda que días antes de la entrevista había estado enferma con fiebre, flema y dolor en los huesos que la dejaron con un aspecto lamentable. Recuerda también que para comprar la hoja de vida debió pedir plata prestada, que le alcanzó sólo para el formato y le tocó presentarla sin foto. Tampoco sabía qué ponerse, y aunque no es nada raro que una mujer piense eso, la verdad es que ella no contaba con nada presentable. Se puso su único jean, su tía le prestó una blusa y una amiga del barrio un par de zapatos.

Los zapatos son inolvidables. Le quedaban muy grandes y tuvo que caminar más de treinta cuadras con ellos porque no tenía para pagar el bus. Madrugó para llegar puntual a la entrevista. No desayunó. Mientras se acercaba a **CONFIAR** pensaba en su bebé y en su esposo, que también estaba desempleado.

No sabe si fue su aspecto de niña frágil, la necesidad que reflejaba o la intervención divina, pero logró que le dieran el trabajo. La persona que la entrevistó quedó tan impactada que no solo le dijo que la iban a contratar sino que le regaló diez mil pesos para que comiera algo y regresara en bus a su casa. Era evidente que los zapatos no le calzaban.

El 24 de julio de 2004 Cristina ingresó a **CONFIAR** para atender los servicios generales. Hoy, ocho años después, es la cajera tesorera de la Agencia Apartadó.

Quizá lo máspreciado que consiguió en estos años haya sido la posibilidad de seguir soñando, aunada a esa necesidad de construirse a sí misma y que ha sabido recompensarle con un hogar consolidado, con dos hijas que extienden su misma sonrisa, su vocación profesional y los zapatos... que ahora son a su medida.

“Ni yo misma me hubiera contratado”, dice sonriendo.

La Niña Ceci y Mauricio

Martha Lucía Restrepo Brand

Supe de Mauricio desde que era un niño de cuatro o cinco años. Su madre, Gloria Cecilia, la Niña Ceci, era la encargada de servicios generales en la Cooperativa **CONFIAR**. La recuerdo en el año 1986 como una de las primeras usuarias de la recién creada biblioteca de Cootrasofasa, ubicada en el edificio La Ceiba. Una y otra vez, la Niña Ceci prestaba libros para llevárselos a su hijo. Como el padre era un vendedor que viajaba por los pueblos, Mauricio permanecía con su abuela. No supe más detalles de su vida, aparte del ir y venir de los libros y de cómo su madre se escandalizaba cuando hablábamos de sexo y de la vida en pareja. Nos reprochaba: “Niñas, no sean tan mundanas”.

En el año 2001 Mauricio se vinculó a **CONFIAR**. Hoy se desempeña como ingeniero de sistemas en la Unidad de Informática de la Cooperativa, tras haber estudiado primero como técnico, luego tecnólogo y finalmente se profesionalizó como ingeniero. La Niña Ceci sabe que ese recorrido de Mauricio hasta llegar a **CONFIAR** empezó con los libros que llevó a casa. Estos seres podrán pasar desapercibidos para muchos, pero yo no dejo de admirarlos. Recuerdo al niño lector y a la madre que se escandalizaba con las historias que contábamos las otras mujeres. Muchos años nos distancian de ese 1986, pero entre aquella época y ésta hay un hilo conductor que marca la vida en **CONFIAR**: la bondad y la generosidad vistas a través de hombres y mujeres que buscan en la vida, en el trabajo, en la cooperación y en los libros esa dosis de humanidad y solidaridad.

La pequeña Yésica

Jhon Jairo Jaramillo Cifuentes

Una mañana de 2005 conocí a Yésica. Era delgada y tenía un rostro dulce. Para entonces, era la tesorera de su grupo en el grado décimo del Liceo María Auxiliadora de Andes, donde estábamos enseñándoles a los jóvenes a ahorrar.

Yésica era muy tímida, pero era evidente que tenía virtudes que la hacían diferente a otras personas de su edad. Por esa razón, un día le pedí que presentara su experiencia con el Ahorro Escolar ante un grupo de Delegados que visitarían la Agencia de su municipio.

No esperaba que hiciera algo extraordinario. Sin embargo, cuando empezó a hablar sobre el manejo del ahorro quedé impresionado. Para mí también fue una lección. Entendí que no

todos los jóvenes son de mente corta ni evitan adquirir responsabilidades. En ese momento se me ocurrió que tenía un futuro muy promisorio y la proyecté como empleada de **CONFIAR**. Yésica me hizo reflexionar y me demostró que sí se puede confiar en la juventud.

Hoy ya no puedo hablar de la pequeña Yésica, sino de aquella joven entusiasta que pude ver primero en el *Contact Center* de la Cooperativa y luego en la Fundación **CONFIAR**, su talento fue una gran revelación. Sí, tal como me lo imaginé, la pequeña Yésica cuando creció llegó a **CONFIAR**.

El día en que todo cambió

María del Rosario Martínez Mendoza

El 10 de octubre de 2011, a las ocho de la mañana, quince personas llegamos por primera vez a la agencia La Soledad, en Bogotá, vestidos con la mejor ropa que teníamos. Se nos notaba algo de miedo y ansiedad. Entramos a la oficina a esperar, nos saludamos y nos quedamos en silencio.

María Elcy Mejía, la directora de Gestión Humana, llegó muy emocionada. Creo que ninguno de nosotros estaba acostumbrado a recibir un trato tan cálido en los trabajos anteriores. Nos dijo: “Muchachos, bienvenidos a **CONFIAR**. Pónganse cómodos”. Por su tono daba la impresión que nos conocía desde siempre.

Cada uno se presentó diciendo su nombre y dónde había trabajado. Hablábamos poco. Entonces a María Elcy se le ocurrió preguntarnos qué sentíamos en ese momento y nos invitó a que dijéramos las cosas tal como nos nacieran. Empezamos a romper el hielo: unos dijeron que estaban contentos, otros que tenían miedo o muchas expectativas. Lo increíble fue que desde el primer día **CONFIAR** nos hizo sentir emociones diversas.

Al medio día ya todos en el grupo comentábamos que el recibimiento había sido muy especial. Pero empezamos a desconfiar. Entre nosotros se murmuraba que debía ser cosa sólo de un día, que con el pasar del tiempo el ambiente sería igual al de todas las empresas. Mientras te dan una pequeña capacitación son amables, después sólo debes rendir en el cargo para el cual te contrataron.

En la tarde nos mostraron qué era **CONFIAR** y cuáles eran sus propósitos. Nos dijeron que cumplían los sueños de sus Asociados y Empleados, y que trabajaban en proyectos sociales y culturales. “Somos diferentes”, insistían. Nos mostraban videos con frases emotivas de escritores para enfatizar en la calidad humana de la Cooperativa.

Mientras tanto, mirábamos todo con sorpresa e incredulidad. “¿Qué hago aquí?”, nos preguntábamos varios de nosotros. “¿Esto es una entidad financiera? ¿Qué harán acá?”. Puedo decir que nos hicimos esas preguntas porque luego lo confesamos.

Cuando terminó el encuentro, cada quien se fue para su casa pensando en todo lo que nos habían dicho. De hecho, a partir de ese día algo había cambiado en nosotros. A la mañana siguiente llegamos un poco más confiados y hablando más. Alguien se atrevió a preguntar qué pensábamos de lo que había pasado en la jornada anterior. Al igual que yo, los demás estaban muy contentos.

Pasaron varios días durante los cuales seguíamos esperando que nos hablaran de los productos que nos tocaba vender, pero no nos decían nada. Se centraron en explicarnos que debíamos ayudar especialmente a la gente de bajos recursos, y ser solidarios con los Asociados, los clientes y mucho más con nuestros compañeros. Desde ahí estuvimos seguros de que estábamos en un lugar diferente.

Después de la introducción, dentro del grupo se escucharon frases como estas: “Dios sabe por qué estoy aquí”; “Siempre quise un trabajo en una empresa como esta”; “Esto es lo mejor

que me ha pasado en muchos años”; “Gracias por la confianza”; “No se imaginan la alegría que siento de poder trabajar en esta entidad”.

Desde aquellos días todo cambió para ese grupo de quince personas, pero el cambio no ha concluido, cada día en nuestra cotidianidad seguimos aprendiendo quiénes somos y por qué esa convicción de sentirnos gente de **CONFIAR** nos hace más cercanos a los sueños de todos aquellos que, como nosotros, sienten que la solidaridad hace real toda ilusión.

Dar crédito a la alegría: Doña Nubia seguía sonriendo

Mario Ospina Ospina

Recién habíamos abierto la Agencia La Soledad en Bogotá, cuando comenzaron a llegar muchas personas provenientes de Crear, una cooperativa financiera que había sido incorporada a **CONFIAR**. Con la asesora y el cajero teníamos la misión de informarles sobre su nueva vinculación, actualizar sus datos y convencerlos para que continuaran asociados con nuestra entidad. La labor era ardua, pues habían perdido el cuarenta por ciento de sus aportes con la liquidación de su anterior cooperativa.

A las personas que tenían crédito hipotecario les ofrecíamos también la posibilidad de disfrutar de nuestro portafolio de beneficios y productos, y sobre todo de un nuevo crédito

para mejoramiento de vivienda. Logramos que muchos de ellos sintieran que habían encontrado una cooperativa que les ofrecía oportunidades que no esperaban y con ellas elevar sus condiciones de vida.

Un día se presentó en la agencia doña Nubia Martínez Castañeda. Ella soñaba con mejorar su casa para que sus dos hijos vivieran mejor. La asesora le explicó el procedimiento y los papeles que debía entregar. Al poco tiempo trajo los documentos y el presupuesto de la obra que quería ejecutar. La solicitud se envió a estudio pero fue rechazada porque sus ingresos eran muy bajos. Cuando se lo informamos, doña Nubia no se molestó, pero nos pidió que le ayudáramos. No solo deseaba hacer las reparaciones, sino que estaba siendo presionada por sus vecinos, porque algunos daños que había en su casa estaban causando humedades en las demás.

Como sus dos hijos trabajaban, los anexamos como deudores solidarios para mejorar el nivel del ingreso familiar y volvimos a enviar los papeles a estudio. En el proceso descartaron el ingreso del hijo menor y la evaluación del préstamo otra vez fue negativa. Pero doña Nubia no se molestó, y en cambio seguía sonriendo. Para entonces ya se había ganado nuestro cariño y nos había comprometido con la gestión de su crédito.

Insistimos con nuevos argumentos: ella tenía voluntad de pago y trayectoria interna. Finalmente, después de varios meses, la solicitud fue aprobada. Cuando doña Nubia recibió la noticia nos abrazó y recorrió la Agencia agradeciendo a todos los Empleados. Realmente nos conmovió.

Luego vino el trámite para que nos autorizaran entregarle el dinero a ella y no al maestro de obra, bajo el compromiso de cuidar la inversión. Eso la hizo aún más feliz.

Nunca olvidaré la cara de doña Nubia y sus enseñanzas de paciencia y fe en su sueño, sonreía entre una negativa y otra, y ahora, al lograr la gran alegría de su vida, con mayor razón sigue sonriendo.

Unos empleados muy particulares

Érika Gómez Fernández

En una tarde fría, típica en el municipio de Santuario, visité a los empleados de una empresa de aseo y reciclaje llamada Tierra Color. La sede, ubicada en un edificio público, tenía el aspecto de los lugares deteriorados. El local estaba lleno de montañas de material para reciclar y no olía muy bien.

Mi misión era presentarles un nuevo convenio de pago de nómina, pero al parecer sus empleados no simpatizaban con los bancos. Eran amas de casa, personas desplazadas por la violencia, ancianos y un par de travestis ocurrentes y alegres. Todos habían tenido vidas difíciles, y sabía de antemano que no tenían mucho interés en involucrarse con una entidad financiera.

Comencé a contarles lo que tenía para ellos. De repente ocurrió algo que me impactó: un par de ratones cruzaron el salón de lado a lado. En circunstancias normales habría salido corriendo, pero en ese momento mi deber era estar ahí. Respiré profundo y continué con más valentía, llenándome de confianza.

Terminada la charla, y ya un poco más calmada, uno de ellos bromeó: “Doctora, ¿sí vio a los otros dos empleados? ¡Y son los que más trabajan!”. Yo le respondí: “Sí, claro. Ellos también pueden hacer parte de la gran familia **CONFIAR**”.

Mi respuesta les generó confianza y se interesaron por saber más sobre aquella entidad que no excluía a los ratones. Hoy es una satisfacción saber que estas personas, pese a las limitaciones económicas, se convirtieron en un ejemplo de la cultura del ahorro.

Teresita

Ana María Restrepo Múnera

Cuando llegué como directora a la Agencia **CONFIAR** La 80, ubicada cerca a la estación Floresta del metro, sentí que debía conocer los negocios del sector. Mi estrategia fue ir a varios de ellos y comprar algo: un helado, una gaseosa, un pastel. Fue así como supe de Tere y su negocio de empanadas no tradicionales, que daba cuenta de su innovación por los diferentes sabores.

Tere fue una de las primeras Asociadas que tuvo la Agencia. Era juiciosa y disciplinada con el ahorro. Descubrí en ella a una mujer alegre y emprendedora, aunque por razones de su negocio era un poco descuidada con su aspecto personal: siempre usaba delantal y gorro y desprendía el olor característico de las personas que trabajan con aceite a alta temperatura.

Un día llegó a mi oficina muy animada para contarme que estaban vendiendo la peluquería contigua a su puesto de empanadas. El propietario era amigo suyo y le estaba ofreciendo un buen precio. Era una peluquería con diez empleados, bien ubicada y muy posicionada en la zona. Costaba cincuenta millones de pesos. Me pidió que le ayudara, aunque le tocara vender su casa, quería quedarse con el negocio.

La idea me pareció un poco loca, pero al ver el gran entusiasmo de Tere supe que no podía hacer menos que buscarle todas las alternativas posibles. Tere no era un buen prospecto para un crédito tan alto. Era una mujer separada, con una hija que estudiaba y con ingresos básicos provenientes de la venta de empanadas. Solo tenía una casa humilde avaluada en cuarenta millones de pesos. Ya en otras entidades financieras le habían negado el préstamo.

Revisamos los ingresos del negocio y no eran suficientes, así que decidimos poner la casa como garantía, anexar un codeudor y analizar la posibilidad de tener en cuenta las ganancias futuras de la peluquería. Después de varios días de hacer cuentas, de ir y venir, de programar visitas de asesores de microcrédito, de considerar y reconsiderar, le aprobamos a Teresita los cincuenta millones de pesos que necesitaba para comprar su peluquería y hacer

su sueño realidad. Tere no lo podía creer el día que la llamé a informarle.

Días después, a la Agencia entró una mujer bonita, maquillada, con uniforme blanco impecable y un aroma delicioso. Era Tere. Vino hasta mí, me abrazó y me contó que ese día había iniciado su labor en la peluquería; tan transformado como ella, el local adquirió un ambiente alegre por el cambio en la decoración y la pintura. Estaba muy feliz y muy agradecida porque **CONFIAR** había creído en ella. Me dijo que no nos iba a defraudar.

Tere no nos defraudó y nosotros no nos equivocamos: paga sus cuotas muy cumplidamente y le alcanza además para hacer un ahorro. Ahora tiene catorce empleados. No puedo describir la emoción. Finalmente ese abrazo y esas gracias tan sentidas de personas como Tere, son las que hacen grande el día a día en nuestras Agencias.

Aprender a confiar: Don Jesús siempre regresa

María Janeth Arias García

Don Jesús tiene aproximadamente setenta años, piel blanca y es de baja estatura. Conoció a **CONFIAR** cuando trabajaba en Sofasa, empresa donde se jubiló. Desde que llegó a la Agencia Itagüí, en 2007, supimos que sería un Asociado especial. Como a ningún otro, le gustaba sentir que era importante y que había asesores dispuestos a atenderlo y escucharlo.

Cuando empezó a ir a nuestras oficinas preguntaba por la tasa de interés. Él sabía del tema y no se hubiera permitido dejar su dinero en una entidad que no tuviera la tasa que buscaba. Al parecer la nuestra no le gustaba mucho, pero igual todos los días volvía y preguntaba lo mismo. Y siempre se sentaba con un asesor distinto o con la directora.

Al final se decidió y llevó el primer ahorro. Pasado el primer trimestre se acercó a reclamar los intereses, pero al liquidárselos dijo que ese no era el valor que le debíamos pagar y dio una cifra más alta. La asesora le contestó: “Don Jesús, este CDT está a un año con liquidación de interés trimestral a esta tasa... La cifra es correcta”. Él se quedó callado un momento y le respondió: “Me va a tocar hablar con Oswaldo sobre este asunto. Niña, es mejor que cuide su puestecito”. Y agregó: “Yo mejor como que voy a retirar esa platica”.

En varias ocasiones don Jesús ha retirado sus ahorros y se los ha llevado para otras cooperativas. Pero luego de algunos meses vuelve a **CONFIAR**, porque dice que en las otras entidades no lo entienden.

Cada vez que se acerca a la Agencia a cobrar los intereses o a consultar el saldo de su cuenta de ahorros trae por supuesto un reclamo. Incluso nos pide que modifiquemos los datos: “Niña, cambie ese valor en el computador. Yo estoy seguro de que no era así”. Una vez fue a renovar un CDT que se había vencido un domingo y nos pidió que se lo hiciéramos con esa fecha: “Es que no puedo perder ese día de interés”.

Y así es como este Ahorrador se ha quedado en el corazón y en la mente de quienes lo hemos tratado, porque, no obstante su aparente inconformidad y sus amenazas incumplidas, don Jesús siempre vuelve.

Entre amores y desamores

María Eugenia Arroyave Salazar

Llegué a la Agencia La Alpujarra en septiembre de 2010, después de haber estado una temporada en las Agencias de Bogotá. Durante los primeros días organicé el escritorio que me habían asignado y, hurgando entre los papeles, encontré una carta muy extraña. En ella, una usuaria hacía una petición poco común: pedía que sus ahorros no fueran objeto de testaferrato y quería que **CONFIAR** se lo certificara. ¿Quién será esta señora?, pensé.

La primera vez que la vi en la oficina su mirada me intimidó, pero después de cruzar algunas palabras con ella supe que podíamos conversar. Luego me enteré de que suele visitar la Agencia cada mes o cuando se le vence un CDT. Pero además de hacer los trámites acostumbrados nos hace requerimientos inusuales.

Una vez le dijo al asesor que la atendía: “Deme el teléfono del defensor del cliente”. Él le anotó la información pero ella reaccionó diciéndole que eso era algo que él se podía haber inventado, y que cualquiera se podía hacer pasar por el defensor.

En otra oportunidad intentó filmar las transacciones que se hacían con sus documentos en la caja. Cuando se acercaron a pedirle que entregara la cámara dijo que nos demandaría por meter las manos en sus cosas.

Otro día pidió que yo la atendiera. Después de la diligencia de rigor me dijo que le permitiera ver los originales de todos los documentos que había firmado en **CONFIAR**. Le expliqué que estaban guardados en el archivo, pero que le podía entregar la información digital. “¡No, en el computador todo se puede cambiar!”, me reclamó.

Esta última solicitud me generó una pregunta que decidí hacerle: “Si usted desconfía tanto de la entidad para el correcto manejo de su dinero, ¿por qué mejor no considera retirarlo?”. Y su respuesta fue: “¡Yo llevo mi plata a donde yo quiera!”.

Y así, en esta historia inacabable entre amores y desamores, la plata de nuestra inquisidora continúa en **CONFIAR**.

La libreta de don Octavio

Estrella Janeth Botero Echavarría

Don Octavio es un campesino de Jericó, su edad sobrepasa los setenta años. Siempre viste con sombrero y ruana y tiene el aroma delicioso del campo. Es tímido. Todo lo que sabe lo aprendió de su familia porque nunca fue a la escuela.

En 2003 se asoció a **CONFIAR**. Se le entregó una tarjeta débito para que pudiera sacar su dinero del cajero automático. Un asesor le explicó que debía introducirla y esperar a que éste le dijera qué hacer. Por supuesto, se refería a las instrucciones que salen en la pantalla, pero tal vez eso no le quedó muy claro. También le dijo que podía retirar el dinero en la oficina y que en ese caso alguien lo guiaría durante el trámite.

Un día cualquiera llegó don Octavio a la Agencia. Miraba con preocupación. Entró a mi oficina algo exaltado, y me dijo: “Esta tarjeta débito no sirve. Fui al cajero electrónico, hice todo lo que me explicaron, le dije que me entregara la plata pero no me dio nada. Esta tarjeta no me gusta, doctora. Deme mejor la libreta que con esa no me enredo”.

Del pánico a la sorpresa

Katerine Salazar Pérez

Una tarde en la que hacía un calor desesperante en Turbo, la sala de espera de la Agencia estaba a reventar. Llegué a pensar que la gente entraba a la oficina no para hacer una diligencia sino para huir del bochorno que se sentía en la calle. Adentro había aire acondicionado y la señora de servicios generales les ofrecía vasos de agua a todos.

En una de las sillas estaba sentada doña Susana. Vestía jeans negros, tenis azules y una blusa de muchos colores. Estaba tranquila esperando su turno, tomando agua y leyendo el periódico. De pronto vio que alguien estaba cerrando la puerta principal de la Agencia y salió corriendo y gritando “¡noooo!”.

Todos quedamos desconcertados y sentimos pánico. No sabíamos qué había sucedido. Uno de los asesores acudió a socorrerla, pero fue en vano. Señalaba la puerta. No había nada raro, para cerciorarse se arrimó hasta el umbral y al abrir la puerta la señora Susana respiró tranquila. Ella quería simplemente que le abrieran la puerta. Ese día supimos que era claustrofóbica.

María vino a preguntar

Aura Sánchez Real

Un viernes en la tarde llegó a la oficina una señora de baja estatura, su edad era de unos cuarenta y cinco años. Su nombre María. Quería saber si, como empleada doméstica, podía solicitar un crédito para comprar una casa.

María había sido elegida por un programa de vivienda en la urbanización Altos de San Jorge, y en las reuniones realizadas por la junta del proyecto le informaron que tenía que solicitar un crédito en un banco. Necesitaba doce millones de pesos.

Ya había visitado dos entidades bancarias y en ambas le dijeron que no cumplía los requisitos: su trabajo era informal y no se ganaba ni un

salario mínimo. En realidad, María se ganaba solo trescientos mil pesos. Su esposo era vendedor ambulante, y entre los dos pagaban un arriendo de doscientos mil pesos.

La asesoramos y le anotamos los requisitos. Nos preguntó si de verdad tenía opciones de obtener el crédito. Le respondimos que sí, siempre y cuando adjuntara todos los documentos que le pedíamos. María nos contó que en las reuniones de los beneficiarios del proyecto les habían dicho que el préstamo en **CONFIAR** se pagaba con unas cuotas muy altas, y les habían propuesto que se organizaran para ir todos juntos a otra entidad. Ella no les creyó y por eso vino a preguntar.

No habían transcurrido tres días y ya teníamos sus documentos. El crédito se mandó a estudio y en diez días hábiles, luego de superar un inconveniente de verificación, fue aprobado. La llamamos por teléfono para darle la buena noticia. No lo podía creer.

“¡Por fin vamos a tener casa propia! ¡Ese es el sueño de todo ser humano!”, dijo el día que fue con su esposo a darnos las gracias.

María tuvo un gesto más: se convirtió en pregonera de **CONFIAR**. Con su esposo se presentó ante los funcionarios del Fondo de Vivienda del municipio para contarles que en

la Cooperativa habíamos aprobado el crédito con una cuota baja, y no como les habían dicho en las reuniones. Además, les advirtieron que si los demás beneficiados acudían a un banco seguro perderían el tiempo, porque todos ellos eran trabajadores informales y lo más probable era que no les concedieran el préstamo.

De la constructora y del Fondo recomendaron a todos los integrantes del proyecto solicitar el crédito a **CONFIAR**. Finalmente atendimos las solicitudes para comprar cuarenta de las cincuenta viviendas de la urbanización.

Tan solo por que María vino a preguntar, ahora disfruta en su propia casa la respuesta a su pregunta.

Ni por todo el oro del mundo

Luz Alicia Moncada Suárez

Una mañana llegó a la Agencia doña Flor, una mujer de unos cincuenta años. Esperó un largo rato en la sala hasta que yo la pudiera atender.

Cuando llegó su turno, llamó a su esposo, don Francisco. Vi que tenía las manos maltratadas de trabajar, su mirada era temerosa y tímida. Ambos dijeron que habían ido con un solo propósito: que les aprobáramos un préstamo para comprar una casa.

Don Francisco nos contó que él compraba cartón, chatarra y todo lo que fuera reciclaje, pero su especialidad era separar cobre. “Cuando tengo una buena cantidad la llevo a Medellín en mi carrito y la vendo. Es duro, pero me voy defendiendo”. Por su parte, doña Flor dijo

que era ama de casa y hacía tres meses había empezado a vender arepas. Veía que el negocio era bueno. Le iba muy bien, según ella, porque las arepas eran muy “aseaditas” y gustaban mucho.

La casa que querían comprar costaba veintitrés millones de pesos. Ellos solo tenían para dar una cuota inicial de quinientos mil, más lo que les dieran por vender el carro, que calculaban en tres millones y medio. Don Francisco aseguraba que, aunque el carro estaba muy viejito, era muy bueno y pocas veces lo había dejado “tirado”. “Lo que no favorece mucho son el modelo y la pintura, porque los vidrios, que estaban quebrados, los cambié hace poco y ahora aparenta más”.

Desde ese momento nuestra misión fue hacerles realidad el sueño. La pregunta era cómo, pues entre los dos escasamente reunían un salario mínimo y la cuota del crédito ascendía a los doscientos cincuenta mil pesos mensuales. Todos en la Agencia opinaban y se reían: “Con estos negocios sí que vamos a cumplir la meta. Qué encartada nos metimos”. No faltó quien me dijera que era mejor que los bajara de la nube, porque un préstamo en esas condiciones era muy riesgoso para **CONFIAR**.

Después de dos meses de ir y venir y de considerar muchas posibilidades, logramos

que esta familia pudiera tener casa propia. Fue tanto su agradecimiento que hasta ofrecieron colgar un afiche nuestro en la puerta de la casa.

Cada vez que pasó por allí doña Flor me invita a entrar. Hace poco me contó que le echó cemento al patio y que está ahorrando para mejorar la cocina, porque “con casa propia ya hay mucha moral”. Dice que esa es la casa que le dio **CONFIAR**, y no la cambia ni por todo el oro del mundo.

Fama sobre ruedas

Sandra Milena Urquijo Bravo

Llegué a la oficina de **CONFIAR** en Yopal en noviembre de 2011, un mes después de haber recibido la capacitación, para apoyar a una de las asesoras en crédito de vivienda.

Cierto día llegó un señor que trabajaba como transportador intermunicipal. Nos dijo que sus ingresos le alcanzaban para pagar la cuota de su vehículo, un arriendo bastante alto y los gastos de su casa. Vivía con su esposa y sus dos hijos.

Desde hacía varios meses venía solicitando un crédito para vivienda en diferentes bancos, pero en ninguna parte lo habían atendido porque no declaraba renta y no llevaba contabilidad. Estaba muy desmotivado por las múltiples negativas que había recibido. Sin embargo, venía a probar con nosotros porque en uno de

sus viajes había escuchado a un pasajero decir que había una cooperativa, **CONFIAR**, que ofrecía un crédito hipotecario muy favorable.

Y no se equivocó. Le aprobamos el préstamo. Los trámites para la legalización eran demasiado complicados para él porque no disponía de mucho tiempo y no podía encomendárselos a su esposa, que “solo sabía firmar”. Le ayudamos entonces a diligenciar los documentos para que desembolsaran el crédito.

Finalmente, el 30 de noviembre le entregaron el dinero. Recuerdo su felicidad y la cantidad de gracias que él y su familia nos daban. El vendedor que los acompañaba estaba muy sorprendido por el espíritu de colaboración, atención y entrega de los Empleados de **CONFIAR** con los clientes. Nos dijo que en ninguna otra entidad hacían eso.

Al final de aquel día le di gracias a Dios por darme la oportunidad de hacer parte de la gente de **CONFIAR**, y tuve la certeza de que esa fama sobre ruedas me comprometía con todo lo que me habían dicho en la capacitación: había llegado a una entidad donde todos los días tendría el privilegio de ayudar a cumplir sueños y darles una mano a aquellas personas que realmente la necesitan. La gran lección que he entendido en **CONFIAR** ha sido esa: la de aprender a confiar.

Notas del guardián: Recibir algo tan bonito

Driana Valencia Castro

En Támesis era poco lo que inspiraba a las personas para ver las cosas de una manera diferente. Sin embargo, esa actitud empezó a cambiar un sábado de junio cuando **CONFIAR** realizó la *Serenata* en el pueblo. Yo llevaba muy poco tiempo como directora y estaba muy preocupada porque había muchas expectativas con el evento. Llegué a pensar que la música no les iba a gustar y que no iban a llegar los seiscientos invitados que esperábamos.

Todo el día estuvimos completando los detalles. A las seis de la tarde no faltaba nada. Después de terminar la jornada laboral, todo el equipo de trabajo caminó las dos cuadras que separaban la Agencia de la Casa de la Cultura. Al pasar por las calles la gente nos preguntaba: “¿Ya va a empezar?”.

Cuando llegamos al auditorio todo estaba realmente hermoso. Solo faltaban los espectadores. A cada minuto entraban más personas. Salí un momento a cerciorarme cómo iba el ingreso y vi que se había formado una fila que le daba la vuelta al auditorio. Al cabo de media hora tuvimos que cerrar porque no cabía más gente, ni siquiera de pie.

Las personas que se habían quedado afuera me rogaban que las dejara entrar: “Doctora, déjeme entrar aunque sea un ratico”. Mis compañeras y yo estábamos felices porque la convocatoria había sido un éxito. Al ver que todo estaba bien, les dije: “Ahora sí, a disfrutar”.

Ya había empezado el concierto cuando alguien mencionó que el evento se veía muy bonito por televisión. Le miré con sorpresa, pero me aseguró que sí, que se veía y se oía a las mil maravillas. Salí a la cafetería y me encontré con que las aceras estaban llenas de gente viendo la serenata en los televisores. Parecía una final de fútbol. Incluso cantaban: “¡Porque el futuuuro es Confiaaar!”. No les importaba el frío que estaba haciendo, solo pensaban en deleitarse. Escuché algunos comentarios: “Esto sí es un evento”, “ni la Alcaldía nos había traído algo tan bonito”, “esto les debió valer un montón de plata”. Terminamos puntuales, y desde esa hora empezaron los agradecimientos.

Al día siguiente, cuando caminaba por el pueblo, los dueños de los negocios me salían al paso para darme las gracias. Al llegar a la puerta de la Agencia dos Asociadas me abordaron: “Doctora, gracias, qué concierto tan hermoso. Se lucieron. En el pueblo solo se habla de **CONFIAR**”.

Abrimos la oficina y a los dos minutos llegó el párroco. Desde la puerta nos dijo: “Solo vine a una cosa, a decirles que fue maravilloso lo que hicieron ayer. Llevábamos años sin recibir algo tan bonito”. El resto de la semana también estuvo lleno de felicitaciones.

A partir de esa experiencia entendí qué es lo que hace único a **CONFIAR** y me convencí de que vale la pena estar aquí. Desde entonces cada año se ha vuelto un ritual la pregunta: ¿cuándo será la próxima Serenata?

El jardinero fiel... a CONFIAR

Verónica Vallejo Cardona

Don José había vivido de cerca la crisis de una cooperativa que terminó liquidada. Como todos los que estuvieron asociados a ella, sintió la impotencia de ver desaparecer una entidad con la que llevaba años de relaciones financieras, y de perder sus aportes sociales.

A pesar de esta experiencia, don José se vinculó a **CONFIAR**. Trabajaba como jardinero vinculado al municipio y necesitaba una moto, por lo que solicitó un crédito de un millón de pesos que le fue aprobado. Como pagaba de forma muy cumplida, después de un tiempo lo llamamos a ofrecerle un préstamo por tres millones de pesos, sin codeudor.

La oportunidad le hizo pensar en ampliar su vivero, pues en ese momento solo cultivaba unas

pocas plantas para atender los requerimientos de su trabajo. Con más capital podría sembrar nuevas especies y ofrecérselas a todo el mundo.

Accedió al crédito y amplió su oferta. Cuando el negocio con el Municipio se ponía difícil, terminaba la jornada laboral y llenaba una carreta con las plantas más bonitas y salía a ofrecerlas por el pueblo. A veces vencía la timidez y tocaba las puertas de algunas casas para preguntar si les interesaba comprar. Estas ventas le ayudaban a cumplir con las obligaciones económicas, y al mismo tiempo a seguir soñando con tener un vivero más grande.

Cuando terminó de pagar el segundo crédito, descansó un tiempo del pago de cuotas, pero luego decidió mejorar su casa. Vendió la que tenía, y con ese dinero, más un tercer crédito, compró una propiedad más grande para él, su esposa y sus tres hijos; uno de ellos, Milton, fue el beneficiario de un auxilio económico que le permitió terminar sus estudios y pudo ayudarle económicamente a la familia.

Desde entonces su vivienda y su vivero han crecido y mejorado. Don José dice: “ha sido la mano de **CONFIAR** la que ha hecho florecer mi jardín.”

Contarlo en todas partes

William Augusto Henao Guzmán

Cuando **CONFIAR** llegó a Suba en 2009, con una agencia en el centro comercial de la localidad, la gente especulaba sobre qué tipo de entidad seríamos. Sin embargo, pese a la prevención, estábamos seguros de que por fin había llegado una verdadera cooperativa a una comunidad acostumbrada a recibir los servicios tradicionales del sector financiero.

Comenzamos nuestras actividades con el propósito de vincular a las familias, especialmente de los barrios populares como Bilbao, Lisboa, Fontanar, El Rincón, Villa Cindy, Costa Azul, Aures y La Gaitana.

De todos los casos que atendimos recuerdo especialmente el de doña Lucía Ortiz Ríos.

Trabajaba en oficios varios y hacía manicura a domicilio. No tenía quien la ayudara con los gastos del hogar porque vivía con su hijo de diez años, que tenía una discapacidad y estaba en silla de ruedas.

Doña Lucía perseveraba en intentar conseguir una casa propia, aunque por momentos perdía la esperanza. Su perfil la alejaba de cualquier oportunidad de crédito. Durante varios años realizó un ahorro programado con otra entidad cooperativa en espera de que le adjudicaran una vivienda, pero nunca sucedió.

Después de sufrir tantas desilusiones y tocar tantas puertas, llegó a nuestra Agencia. Por suerte, porque nosotros le haríamos realidad el sueño de tener casa propia. Recuerdo claramente el día que le informamos que su crédito había sido aprobado y que estaba todo listo para que iniciara el trámite legal para la compra de vivienda. Había que ver su rostro, sus lágrimas y la felicidad que sentía mientras le contaba a su hijo que por fin iban a tener casa.

El mejor momento llegó cuando nuestro gerente corporativo le entregó las llaves. Ella y su hijo hicieron una entrada triunfal a su nuevo hogar, convencidos de que sus vidas cambiarían para siempre.

Desde aquel día, doña Lucía consigna, cada mes, las cuotas del crédito, del aporte y del Título Futuro. Para nosotros, ella es una integrante de la familia **CONFIAR**, pues se ha dedicado a compartir su historia motivando a que las personas conozcan la Cooperativa y se asocien. “Don William —me dijo en una ocasión— yo no recibo salario de ustedes, pero de lo que sí estoy segura es que ya me pagaron por adelantado entregándome mi casa, y eso lo voy a contar en todas partes”.

La cara de mi nieta

Adriana María Villegas Ortiz

Gloria y su hija son Asociadas de la Agencia Envigado. En una ocasión, Gloria se paró en la entrada de mi oficina, se puso las manos en la cintura y se quedó mirando la fotografía que estaba colgada a mis espaldas. La imagen mostraba a un niño con paraguas caminando bajo la lluvia. Llevaba puesta una chaqueta, unos pantalones cortos y unas botas.

Durante muchos días, que creo llegaron a ser meses, Gloria visitó la oficina solo para mirar el cuadro. Le había gustado mucho la foto y la estaba ‘detallando’. La quería pintar.

“¿Quién es ese niño?”, me preguntó. Le dije que no sabía, pero que tenía que ser alguien relacionado con la Cooperativa porque si no,

no estaría ahí. Mientras hablábamos, le tomó una foto.

Tiempo después volvió a mi oficina con su nieta. La vi muy emocionada. Llevaba un cuadro envuelto en tela que destapó delante de mí: era una réplica de la foto, pero había cambiado la cara del niño por la cara de su nieta. Excepto por eso, eran idénticos.

Días después, sus hijos fueron a la oficina a corroborar el parecido de las imágenes. Los colores, la chaqueta a cuadros, el pantalón corto a rayas y las botas eran exactamente iguales a los del original. Les resultó increíble la dedicación que su mamá le había puesto a la pintura.

Entendí que Gloria trataba de decirme que su nieta era una de las personas más importantes en su vida y que, como el niño de la fotografía que despertó su inspiración, también era “gente de **CONFIAR**”.

Este es el misterio del dragón

Yeni Giraldo Molina

La Escuela de Liderazgo Juvenil de **CONFIAR** es uno de los espacios de participación que se han generado en la Cooperativa, y está conformada por cerca de veinte jóvenes entre los quince y los veintidós años. En 2006 la organización cultural Canchimalos invitó a la Escuela para hacer parte de la comparsa con la cual participarían en el desfile de *Mitos y Leyendas* de aquel año. Todos fuimos muy receptivos y responsables para asumir la invitación. Después de esa experiencia decidimos crear una línea de comparsa dentro de la Escuela.

Cada uno se identificó con lo que más le gustaba: baile, música, zancos, malabares o logística. Solicitamos el acompañamiento de

personas expertas en el tema y creamos una dirección colegiada, que consistía en elegir un representante de cada subgrupo para dirigir y pensar el proyecto.

La primera presentación fue en el *Bazar de la Confianza* de 2007. Lo dimos todo para que el debut fuera un éxito. Además era la gran fiesta de la Cooperativa y nuestro papel era el de ser los anfitriones. La presentación salió tan bien que nuestras ganas de continuar aumentaron.

El siguiente reto que nos propusimos fue participar en el desfile de *Mitos y leyendas* de 2008, pero esta vez solos. Empezamos con las reuniones colegiadas a planear la propuesta que íbamos a presentar y a averiguar qué más necesitábamos para participar.

Después de discutirlo, bautizamos la propuesta como “El misterio del dragón”, inspirados en una canción de Víctor Heredia con la que **CONFIAR** se identifica. Procedimos a crear los personajes y las escenas y a recolectar documentos e historias. Cada uno asumió una responsabilidad.

Luego de muchos traspasos decidiendo, dibujando y recolectando fotografías, entregamos la propuesta en la Secretaría de Cultura Ciudadana para que la analizaran y calificaran.

En la Cooperativa nos habían brindado consejos y apoyo moral y financiero. Este último con un préstamo y una donación. El préstamo lo pensábamos pagar con el dinero que nos darían en caso de ser elegidos para hacer parte del desfile.

Llegó el día de los resultados. Toda la dirección colegiada se reunió en un mismo computador para ver si habíamos clasificado. Luego de evaluar treinta y una propuestas, el jurado eligió veinte grupos de gala y fantasía y dos bandas marciales. Efectivamente, Carnaval de Colores, nuestra comparsa, había sido seleccionada tras obtener el noventa por ciento de los puntos. La felicidad que nos dio se pudo sentir en todo el edificio de la Dirección General.

Las bailarinas entraron a clases de danza árabe, los músicos se pusieron a explorar ritmos, los zanqueros a perfeccionar sus estilos y, en general, todos cumplíamos con nuestras funciones. Tuvimos arduas jornadas de ensayo después de las seis de la tarde, a veces no teníamos el espacio para reunirnos y tocaba rebuscarse la alimentación y el transporte.

El día antes del desfile ensayamos los maquillajes y las bailarinas se fueron para la casa con rulos en el pelo. Habíamos organizado, rediseñado y ensayado el espectáculo muchas veces. El único

problema que teníamos era que los vestuarios no estaban listos.

Llegó el 7 de diciembre. El Teatro Pablo Tobón Uribe nos prestó el espacio de danza, ubicado en la parte trasera del edificio, para pulir detalles. Desde allí, precisamente, partiría el desfile.

Faltaban quince minutos para las siete de la noche, hora de inicio. Pero aún no estábamos listos. No había llegado el protagonista, el personaje fantástico, el más visible, al que esperaban cinco integrantes de la comparsa para moverlo: el dragón.

Todos esperábamos en la avenida La Playa, pero el dragón no llegaba ni tampoco el baúl que simbolizaría el misterio ni las camisas de los músicos. Los organizadores del evento empezaron a llamar uno a uno los grupos participantes. Se sentía que el desfile comenzaba, que nos empezábamos a mover, y nosotros no lo podíamos creer. Se nos alteró la respiración. Tratábamos de no caminar para no desfilas sin nuestro actor principal. Los músicos se quitaron la camisa para que les untáramos 'mirella' y el brillo opacara el sinsabor y la tristeza.

De pronto sentimos que algo detrás de nosotros venía botando humo por la boca,

como diciendo: “Ya llegué. Pueden empezar”. Era el dragón. Esta entrada levantó nuestro ánimo después de tanto sufrimiento. Era como ver llegar desde el más allá a alguien que se ha añorado mucho. La felicidad no solo la sentimos nosotros sino la gente que estaba a nuestro alrededor. Quedaron sorprendidos por tanta belleza. Parecía como si hubiéramos planeado la demora y la posterior aparición.

Terminamos el desfile en el Parque de las Luces, muy cansados pero con la satisfacción del deber cumplido y de reconocer que habíamos hecho un magnífico trabajo en grupo.

Nos devolvimos al Teatro para recoger nuestras cosas. A las diez y media de la noche, cuando ya solo quedaban unas cuantas personas y nos disponíamos a irnos a conversar a algún lugar sobre lo que acababa de pasarnos, un compañero recibió un mensaje en el celular que decía: “Felicitaciones”.

Hasta entonces todos habíamos querido participar en el evento y no habíamos pensado en ganar algún reconocimiento económico. Igual, cuando compartimos la propuesta en la Cooperativa, el gerente nos había advertido que esa era una posibilidad.

No lo podíamos creer. Para salir de dudas llamamos a nuestro contacto con la Secretaría

de Cultura Ciudadana. Nos confirmó que la comparsa Carnaval de Colores había ocupado el primer puesto en el desfile de *Mitos y Leyendas*. En ese instante se nos reveló a todos “El Misterio del Dragón”.

La caja verde

Se terminó de imprimir en el taller de Pregón S.A.S.,
durante el mes de diciembre de 2014,
para la Fundación **CONFIAR**.

Medellín, Colombia.

